

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 3

Sevilla—Lunes 5 de Enero de 1903

AÑO XXVII

La campaña electoral

Ya se van descubriendo claramente los propósitos del Gobierno. Los alcaldes dimiten, los tenientes alcaldes abandonan sus puestos, las corporaciones populares que en la última etapa servían la causa de los liberales parecen dispuestas a prestar todo su apoyo al Gobierno de que forma parte Maura.

No habrá pucherazos, porque la ficción y la hipocresía son la característica de los elementos políticos que constituyen la actual situación; pero, en cambio, habrá grandes sorpresas.

Desde el ministerio de Gracia y Justicia se hace cuanto se puede hacer para el triunfo del Gobierno en la próxima batalla electoral. Circularé a los jueces para que no instruyan diligencias sumariales contra los ayuntamientos. Circularé a los fiscales para que no formulen querrelas contra las corporaciones municipales.

La farsa se representa admirablemente. No estarán descontentos los elegidos de Maura que tengan arraigo en sus distritos, porque los mismos odiados adversarios les van a dar el triunfo, traicionando a sus amigos y correligionarios y utilizando contra éstos y en favor del Gobierno las armas que tan admirablemente esgrimieron hace dos años para dar el triunfo a los amigos de Sagasta y a los elegidos de Moret.

Con esto de Marruecos se ha conseguido distraer a la opinión, para que no vea la finísima labor que realizan los gobernantes que afirmaban al subir al poder que no tocarían a los organismos constituidos, y no queda en pie ninguna vara ni sin la amenaza de un procesamiento ningún concejal de España, claro está, de los que no se porten en las elecciones como servidores fieles y sumisos de los candidatos que imponga el ministro de la Gobernación o que sean del agrado de los caciques provinciales de la conjunción Maura Silveira.

El procedimiento ni es nuevo ni es original. Es el sistema que rige los destinos y los actos todos de la Compañía de Jesús y de los fieles devotos del Sagrado Corazón: la hipocresía, el disimulo, la encrucijada, el engaño, en una palabra, la cobardía felona de quien acusa a los adversarios y no ve que su tejado se hunde y en su casa entra el agua y el aire, porque está llena de goteras y toda la trabazón amenaza ruina.

Los hombres de la regeneración, los grandes transformadores del sistema, los que ofrecían hacer una patria nueva, una administración honrada y una representación legislativa que fuera la verdadera representación del país, se ocupan en tejer la tela en cuyas mallas han de quedar aprisionados los incautos y los crédulos que fien en promesas de hombres que llevan el sello de una filiación y de un origen que no puede inspirar confianza a los que, conociendo sus antecedentes y estudiando sus obras en los pocos días que llevan de mando, han descubierto el juego.

Al descaro de ayer le reemplazan con la ficción; al pucherazo dado a ciencia y paciencia de los electores le sustituyen con suspender sobre la cabeza de los ayuntamientos los procesos para el día después del escrutinio.

columnia, que éstas son las artes y los procedimientos del ultramontano ministro de la Gobernación y la nota distintiva del actual Gobierno.

El Gobernador de Sevilla

Pues señor, no me cabe en la cabeza este afán de los funcionarios civiles en manejar el incensario y oficiar de pontifical.

El mundo anda de cabeza. A los obispos les da el naípe por imitar a los gobernadores y a los gobernadores por imitar a los obispos.

Solo el que no haya tratado obispos y fiscalizado sus apostólicas moradas podrá ignorar esto. Allí todo se hace a lo civil; siempre tienen en la boca el orden y mando y apenas un clérigo alza la voz al punto le amenazan con la guardia civil. En esto son una especialidad los obispos de Zamora, Madrid, Zaragoza, Sevilla y Barcelona.

El de Zamora, cuyo clero pasa las de Calo por sus desafueros y despotismo, suele aparecer muchas veces en la antesala, colorado como un pavo y echando espumarajos por la boca:

—A ver: avisen una pareja que se lleven a este cura. ¡En la cárcel se ha de pudrir!

Y detrás de él aparece la silueta priogorosa de un clérigo hambriento que baja las escaleras a escape, huyendo de aquella tierra con pectoral.

Varias veces se ha consumado la infamia, y hasta parejas de carabineros de un cuartelillo próximo se han prestado varias veces a desempeñar el odioso papel de sicarios episcopales.

Otras veces los gobernadores de aquella ciudad levítica han tenido constantemente en el patio del palacio del obispo dos guardias de orden público dispuestos a zarandear a cualquier clérigo discolo.

En Madrid los obispos han hecho muchas fechorías de estas con la aprobación y ayuda del gobernador y hasta del ministro de la Gobernación.

Sancha hizo encerrar en la Cárcel Modelo, nada más que porque sí, a un cura llamado Arnau, director de un periódico titulado *Heraldo de la Cruz*. A los empleados del establecimiento penitenciario se les dijo la consigna de tratarle como un perro, y tan buena traza se dieron que al poco tiempo el padre Arnau se fué al otro mundo.

El obispo Sancha respiró tranquilo, y luego la emprendió contra un extralite capuchino, achacosos y octogenario, a quien encerró en el Hospital general por loco, y allí también se murió a los pocos días. Hay muertes muy oportunas.

En tiempos del obispo Cos, la policía le servía de cabeza, vigilaba a los curas, y el gobernador le ponía a la sombra a todos los curas que le molestaban. Raro era el día en que los poizonetes no cazaban algún cura rebelde a las majaderías del obispo Cos.

Todo ese proletariado de sotana, tan discretamente descrito por Saint Aubin en el *Heraldo*, data de tiempo del obispo Cos. Su sucesor, Guisasaola, continúa la cristiana tradición de invocar el apoyo de la guardia civil para dirimir los asuntos clericales.

Pasemos sobre ascuas por el obispo de Zaragoza, que tiene un provisor que es un Robespierre con sotana. Pellicer quedará en la memoria de los curas como un fantasma sangriento.

Morgades era también muy aficionado a decir a los curas castellanos residentes en Barcelona:

—Si dentro de dos días no se marcha usted de aquí, le he de conducir en tránsito por la guardia civil.

Y, según mis noticias, lo realizó alguna vez. No es de extrañar; los mozos de Escudra ya le habían servido deteniendo a Verdaguer.

Esta táctica tiránica la continuó el señor Cortés cuando quedó de gobernador de la diócesis por muerte del desdichado Morgades.

En menos de un mes hizo salir de Barcelona

a veinte curas castellanos. Siempre les amenazaba con la guardia civil, como si la tuviese en el bolsillo, y dejó sin pan y sin honra a muchos infelices, forjando embrollos y pretextos para excusar sus odios de catalanista. El cardenal Casañas le aplaudía desde Urgel y le decía:

—¡Bravo, Miguel Limpie! usted Barcelona de clérigos castellanos, que yo soy agradecido.

Y después confirmó al señor Cortés en su cargo de gobernador eclesiástico.

Ahora lo quiere hacer obispo; pero no lo logrará.

En artículo especial diré al señor Cortés el por qué.

La tradición de esos obispos que mangonean y dirigen a los gobernadores civiles, la lleva ahora muy alta el arzobispo de Sevilla que se ha metido al gobernador de aquella provincia, señor marqués de Montesa, en la mitra, y le ha obligado a ejecutar una de las planchas más monumentales que puede perpetrar un Sancho en su Barataria.

Por Sevilla anda un cura llamado Martín Lázaro, a quien don Márcelo Spínola, *Doña Viñudes*, como le llaman chuscamente los andaluces, le ha puesto la proa y reducido a la miseria por el tremendo delito de ser de Córdoba.

¡Diablo con el regionalismo!

Este cura no ha querido tascar el freno y con sus hábitos anda por Sevilla sirviendo de mozo en una fonda, dando conferencias a los obreros y diciendo muchas y muy sanas verdades.

El arzobispo de Sevilla había llevado hasta ahora una vida tranquilísima entre sus pajes, su confidente Caro y dos o tres favoritos traídos de Málaga. Pero una mosca pesadísima le ha salido a la nariz en forma de Martín Lázaro, y no le deja sosegar, le desacredita ante Sevilla entera y le perturba las placidas veladas con su escogida tertulia.

¿Qué hará para deshacerse de ese cura que le amarga la tranquila higanza episcopal?

Pues acudir al remedio que siempre tienen los obispos a mano: la oficiosidad y el entremetimiento de un gobernador civil.

Y aquel bendito gobernador—¡conservador había de ser!—llama al cura y le dice:

—El arzobispo me manda que le diga a usted que se quite esos hábitos y se vaya de Sevilla.

—¿De verdad?—respondió el clérigo con asombro.

—Mire usted; aquí está el oficio de su eminenia ilustrísima.

Y le leyó una orden del arzobispo de Sevilla donde se intimidaban tales enormidades.

El señor Lázaro, al oír aquello, repuso:

—¡Pero usted ha venido a Sevilla de sacristán mayor o de gobernador civil? ¿No tiene el obispo tribunal eclesiástico, dependientes y secretario para estas cosas? Pues bien, señor gobernador; ni usted, ni el rey, ni el papa, ni el arzobispo, pueden obligarme a despojarme del uniforme sacerdotal mientras no sea degradado canónicamente. Si deliniqué eclesiásticamente, juzgueseme según los cánones; al civil o criminal, según el Código.

Y dejando plantado al gobernador, se fué.

Y ahora entro yo. Señor gobernador de Sevilla: usted se ha extralimitado en el ejercicio de las funciones de su cargo. El ministro de la Gobernación no manda a los gobernadores de provincias para que se conviertan en alguaciles de los obispos, ni en ordenanzas de las secretarías de un obispado.

Dedíquese usted a perseguir el juego, a que se respete el reglamento de Higiene, olvidado hoy por completo; a corregir los desafueros de la chulapería y la golfemia, que tantos escándalos dan en esa ciudad, y déjese usted de meterse en que si un cura lleva sotana o frac encarnado.

Os compadezco, olveros. Mucho ojo, amigo BALUARTE. El alerta está dado; ahora...

Que los sevillanos se las compongan con él... como dicen en el Tenorio.

FRAY GERUNDIO.

AGRICULTURA POPULAR

TEORIAS Y ENSEÑANZAS

Todo lo relativo a la fertilización o abono de las tierras ha sido objeto de muchas controversias o discusiones entre los agrónomos, principalmente entre los franceses y alemanes, que han logrado de este modo extender y vulgarizar en aquellas naciones las ventajas de la agricultura racional, base y fundamento de la prosperidad económica.

No es tarea fácil la de extractar, en forma adecuada, lo más saliente de aquellas brillantes polémicas en la parte que la experiencia ha demostrado como verdaderamente pueda servir a los fines que estos artículos se proponen.

Prescindiendo de la parte que pudiéramos llamar histórica, diremos, en primer término, que a un químico alemán, Liebig, se debe una ley en derredor de la cual gira todo el problema de la nutrición vegetal, en los términos, o de la manera que los labradores deben estudiarla, para obtener la mayor cosecha con el menor gasto.

Esa ley, llamada de *restitución mineral*, dice en sustancia: "Hay que devolver a la tierra, en forma de abono, lo que las plantas se llevan en forma de cosecha."

No importa el cómo sino el qué y el cuánto.

Más claro: No hay sustancia mejor ni peor; sea tierra, sea planta, sea animal, venga de donde viniere, lo que al suelo se añada en concepto de abono, con tal que tenga, y devuelva lo que extraen los vegetales cultivados, conservará la fertilidad del suelo.

Hay que devolver; hay que *restituir*; de aquí el nombre de esa ley siempre constante, indubitable.

Más tarde, Ville, expuso su teoría del abono completo y formuló este principio también indiscutible:

De los cuatro cuerpos que constituyen el abono completo (nitrogeno, ácido fosfórico, potasa y cal), si uno falta, son inútiles los tres restantes. Obrán *colectivamente*, han de ir juntos para ser eficaces, para producir sus efectos.

Es decir, son algo así como engranajes de una rueda, como eslabones de una cadena: todos cuatro precisos, indispensables.

Otro principio también fundamental es el que llamó Ville de *los dominantes*. Veamos el modo de hacerlo entender.

Supongamos un individuo encerrado en una habitación con cuatro manjares a su disposición en cantidad sobrada y obligado a comer de todos, pero consumiendo a su antojo mayor cantidad de aquel alimento que prefiera, o que le guste más. Sin duda será de este del que más gaste y por tanto el que en mayores proporciones disminuirá.

Las plantas en el suelo hacen otro tanto. Necesitan de muchos cuerpos; gastan de todos; se llevan principalmente de aquellos que prefieren. Mas estos son de tres clases: unos que nada cuestan (aire, agua) y nunca se acaban; otras que tienen todas las tierras por malas que sean; y los últimos (siempre esos cuatro del abono completo), que escasean frecuentemente.

Pero entre estos, tienen las plantas su *dominante*, su preferido; a unas les gusta el nitrogeno, a otras la potasa, a otras el ácido fosfórico.

La cal es para todas igual.

Así, por ejemplo, el tabaco, la remolacha y la patata prefieren la potasa; el maíz gusta más del ácido fosfórico; el trigo del nitrogeno. Aunque no se puede tomar como absoluto es indudable que cada grupo de plantas tienen un elemento de mayor consumo entre esos tres.

Esta consecuencia es de grandísimo valor: de ella se deduce que aquellos abo-

nos de composición invariable, siempre igual, aun siendo completos—el cucho, por ejemplo—dan á ciertas plantas cuerpos que le sirven de poco, y en cambio hay falta de aquel que más desean, que más gastan, que más cosecha producen.

Otra consecuencia es también ésta: conocer de antemano cuáles elementos faltan al suelo para añadir los que no haya.

Y por fin, preferir siempre los abonos químicos simples (de un sólo elemento fertilizante), que permita usarlo allí donde sea necesario.

MIGUEL ADELLAC.

La fuerza de las cosas

Si es verdad que nosotros tenemos de hacer algo en Marruecos, y debemos hacerlo, es decir, si España se ha de extender más allá del estrecho y consolidar nuestra dominación, es muy dura la frase, nuestra influencia comercial y moralizadora, es preciso que lo digamos con sinceridad, sin subterfugios, disimulos, ni frases hechas.

Si de verdad se piensa en que nos encerremos en los límites peninsulares, renunciando toda clase de intereses, que no debe ni puede abandonar un pueblo, abandonemos cuanto poseemos, ó pongámoslo en manos de quien pueda garantizarnos la seguridad y la vida conventual á que forzosamente tendríamos que entregarnos; renunciemos á tener flota marítima, ejército de tierra y toda clase de elementos de lucha y de intereses, y relaciones que ponen en comunicación pueblo con pueblo y establecen los cambios de productos.

Pero como esto no puede ser, y como esto no hay nadie que lo pretenda, acaben de una vez las gazmoñas sensiblerías, los conceptos de puro sentimentalismo y vayamos derechos al objeto, no resucitando las legendarias audacias de un loco caballero enderezador de tuertos y desfacedor de agravios, pero sí persiguiendo la utilidad y la conveniencia en la medida de la fuerza armonizada con el derecho, cuyos títulos están bien acreditados y que nadie nos disputa, sino que ostensiblemente nos reconocen todos los extraños.

Esa misma debilidad, tan pregonada por la sensiblería al uso, representa una gran fuerza, por lo mismo que los extraños no temen de nosotros, lo que temerian de un adversario poderoso que pudiera, en un momento, dar un golpe audaz y quedarse con todo.

Por aquí, ni hay temor de que esto suceda, ni hombre tan insensato capaz de tan loca empresa.

Se habla tanto del *statu quo*, se recomienda con tan decidido interés la continuación del actual estado de cosas, que ya comienza á inquietarnos que podamos caer en el lazo que tan hábilmente se nos tiende para que permanezcamos de brazos cruzados, mientras otros se preparan en acecho de la ocasión ó del momento que consideren más conveniente á sus intereses para poner mano en el negrisimo problema africano.

Que es una lucha interior lo que sostienen rebeldes y leales, dicen ingleses y franceses, verdad; pero una guerra interior que trascienda con una trascendencia gravísima fuera y que comprometa todos los intereses cristianos allende el estrecho.

¿Qué es la rebeldía, á cuya cabeza aparece un mono de ignorada procedencia juglar, feriesco, como Bu-Amara, sino un movimiento de enérgica condenación contra la influencia europea en Marruecos?

¿No es la bandera rebelde la proclamación de una política y de un sistema de esterminio de los cristianos del territorio marroquí? El mismo Sultán, tan dado á admitir ciertos progresos condenados por el islamismo, ¿no se presenta en estos momentos como arrepentido de su obra y dispuesto á retroceder en el camino de las reformas?

Pues si esto es así, y lo mismo las referencias oficiales que la gran información periodística y las relaciones particulares lo reconocen, ¿cómo puede haber quien se atreva á negar la trascendencia extraordinaria que para nosotros, y para todas las potencias del continente europeo, puede

tener la guerra santa que invade todo el imperio marroquí?

Lo que ha de suceder dentro de un plazo breve, que nos mantiene en una textura de zozobra, de duda, de intranquilidad, de paralización en todos los negocios, de depreciación de nuestros valores y de incertidumbre para las madres españolas, que suceda cuanto más pronto mejor; sin agresiones violentas, pero recogiendo el momento oportuno y aprovechándolo, y dejarnos de esas sensiblerías tan ridículas como grotescas, que no son más que la andantería caballeresca vuelta al revés.

A.

LA PSICOLOGIA DE MADAME HUBERT

Una amiga de veinte años de madame Humbert, madame Camescasse, ha hecho curiosas revelaciones respecto al carácter y á las condiciones de la célebre estafadora.

Los recuerdos de madame Camescasse datan de 1898 y 1899, en cuya época, la que poco más tarde contrajo matrimonio con el duque de Toronta, frecuentaba casi á diario el hotel de la Avenue de la Grande Armée.

«Madame Teresa Humbert, ha dicho madame Camescasse, es muy difícil de analizar, pero la he tratado lo bastante para conocerla algo. Ante todo, yo creo que no es una mujer como todas las demás; es decir, que no tiene nada: ó casi nada del temperamento femenino. Cuando una mujer tiene un proyecto, ya no descansa hasta que lo pone en práctica. Pierde la sangre fría y la prudencia y prescinde de todo disimulo esperando con ansiedad el logro de sus deseos. Pues bien, yo creo que madame Humbert no participa de ninguna de esas impaciencias femeninas y que su sangre fría es imperturbable. Ni física ni moralmente se halla aquejada de la graciosa, y á veces desesperante, movilidad de la mujer.

Con absoluta impasibilidad, sin impaciencias y sin desfallecimientos, traza el plan de sus maquinaciones y con toda calma procede á realizarlas.

Por detalles que ella misma me facilitaba, yo conocía su vida íntima, y estoy segura de que siempre fué una esposa irrochable. Nadie tenía poder para arañarle un secreto en un minuto de confianza, porque nadie, excepto Federico, que ella quería acaparar en absoluto, pudo sorprender su ternura. Hé aquí, según mi opinión, el motivo de que esta mujer pudiera dirigir tan fríamente sus hábiles operaciones.

Tenemos, pues, que al lado fuerte, la verdadera coraza de esta mujer la constituyen: su fuerza de carácter, su imperturbable sangre fría y su constante disimulo jamás traicionado. Inventaban las historias más extraordinarias, pero siempre para cubrir las novelas que había creado.

Ya sabéis que cuidaba mucho de que sus invitados no pudieran hablar entre sí, y que cuando llegaban á su casa los distribuía en distintas habitaciones. A la salida adoptaba las mismas precauciones. Un día que nevaba mucho acepté el ofrecimiento del senador monsieur Barriere, que quería acompañarme hasta mi casa. Nos fué imposible, sin embargo, salir juntos, pues ella maniobró de tal modo, que siéndome imposible esperar en la calle á mi amable acompañante, que madame Humbert detenía en su casa con pretextos inverosímiles, tuya que marcharme sola.

Madame Humbert no quería que se hablase de ella entre las personas que la visitaban, y para impedirlo acudía á mil estratagemas.

Otro ejemplo de lo complicado de sus cálculos:

Un día me despedía de ella para emprender un viaje, me dijo que contestaría á mis cartas, pero con lápiz. Y ahora me explico la razón de no haber podido obtener nunca ni una sola línea suya, y es que no escribía más que en caso de absoluta necesidad, por no dejar rastro de su letra. Con lápiz le parecía más fácil disimular su escritura.

Al lado de estos cálculos, que denuncian gran sangre fría y mucha lucidez, se descubren en madame Humbert puntos débiles, que denotan sorprendente puerilidad. Citaré sus ejemplos: Durante muchos meses estubo persiguiéndome para saber cuál de las dos era más alta, é infinitud de veces, antes y después de comer, se colocaba conmigo delante de un espejo para establecer comparaciones tan ridículas como desprovistas de interés. Luego fué la cuestión de la edad. ¿Era ella más joven ó más vieja que yo? Un día quiso convencerme de que yo era más vieja, y sacó de su bolsillo—siempre llenos de los más diversos objetos: facturas, billetes de mil francos, cartas, etc.—un acta de nacimien-

to. Después he sabido que aquel documento era la fe de cautismo de su hermana María que ella se apropiaba para rejuvenecerse diez años.

Evidentemente que todo esto no eran más que puerilidades; pero todavía me pregunto si tales puerilidades no eran acaso premeditadas y si no formaban parte de su plan.

La educación de Eva, por ejemplo, estaba perfectamente calculada. Eva vivía separada de todas las demás jóvenes de su edad, y no debía ver á nadie fuera de sus profesores. Muchos creían que madame Humbert deseaba dejar á su hija en la ignorancia de la verdadera vida y de las cosas de la existencia, para conservarla siempre convertida en una joven cándida; pero no era ese su propósito. Yo he asistido á algunas comidas en su casa y durante ellas sostenían unas conversaciones tan escabrosas, sobre todo respecto á ese granuja de Román y sus extrañas costumbres, que más de una vez he lamentado la presencia de mis hijas, respecto á cuya educación tengo yo, sin embargo, ideas muy amplias. Os aseguro que Eva entendía muy bien todas aquellas inconveniencias. La verdad es que Teresa separaba á su hija de todo contacto para que no oyese ninguna alusión á los asuntos de su familia y para que no pudiese contar nada de lo que se tramaba en su hogar.

Una de las preocupaciones de madame Humbert era hacer creer en la riqueza de todos los suyos. A todas sus amigas aseguraba que su hermano Emilio poseía un millón; esto no era exacto, pero sí lo era que la mayor de las hijas de Emilio D'Angrnac, que era encantadora, se casó poco tiempo después con un ingeniero sin fortuna, pero muy distinguido, y todavía puede verse en el salón de los Campos Eliseos, sala 22, el retrato de ambos esposos que, sin las aventuras en que Teresa ha complicado á su familia, serían completamente felices.

Respecto al origen de la estafa, madame Camescasse lo ha referido así:

«Según mis noticias, el asunto ha ofrecido dos fases. Primeramente no figuraban para nada los Crawfort. Tratabase, según decía madame Humbert, de una herencia que la dejaba una pariente y cuyo importe se encontraba en la Caja de depósitos y consignaciones. Algunos años después cambió de plan; entraron en escena los Crawfort, proyecto de matrimonio de uno de éstos con María, sin duda para crear complicaciones y dar largas al asunto, y depósito de los millones en el cofre fuerte que tenía en su casa.»

Claro está que sus extrañas explicaciones, sus complicados planes, despertaban algunas sospechas; pero no había medio de hacerla preguntas, ni mucho menos exigirle detalles, porque en este caso la contestación que daba al curioso, no sin cierta brusquedad, era que sus asuntos sólo á ella le importaban.

Su ascendiente sobre todo el mundo era incostentable. Yo creo que M. Gustavo Humbert, que era naturalmente confiado, no penetró nunca los manejos de su hija política, y que cuando Federico se puso al corriente de los mismos ya era demasiado tarde para retroceder.

Madame Camescasse terminó el relato manifestando su creencia de que los Humbert, tan previosores en el pasado, no lo habrían sido menos respecto al porvenir, y que, por consiguiente, provistos de dinero para vivir tranquilamente, debían haber buscado en el extranjero un seguro retiro.

Los liberales demócratas

Anoche celebraron su banquete anual los liberales demócratas que siguen en esta capital las inspiraciones del diputado á Cortes, señor Rodríguez de la Borbolla.

El hermoso comedor del Hotel de Madrid se vio literalmente ocupado por unos doscientos comensales, cuyos nombres omitimos por falta de espacio en nuestras columnas y porque todos son muy conocidos por sus honrosas significaciones sociales.

La comida fué alegre y colmada de satisfacciones para los concurrentes á ella, pero las alegrías alcanzaron su mayor apogeo cuando á los postres del banquete, inesperadamente, penetró en el salón don Manuel Héctor y Abreu, el alcalde de Sevilla, que venía de entregar la Alcaldía á su sucesor el señor Checa.

El señor Héctor recibió una salutación conmovedora por lo extremadamente cariñosa y muy visiblemente emocionado ocupó un asiento á la derecha del señor Borbolla, que tenía á su izquierda al exalcalde señor Heraso.

Momentos después entró el señor Montes Sierra, recibiendo también de los comensales una cariñosísima salutación.

El popular banquero estrechó la mano al señor Borbolla y á los amigos que encontró á su paso y siguió hacia el comedor pequeño, donde ocupó asiento en la mesa de la distinguida familia del señor Canalejas á quien iba á visitar.

LOS BRINDIS

EL SR. LLACH

El primero en brindar fué el teniente de alcalde señor Llach (don Emilio).

Con su elocuencia habitual hizo un discurso sentido, dedicando elogios al señor Héctor, al señor Rodríguez de la Borbolla, al señor García Guerra y al señor Ghiral.

Además, tuvo un recuerdo respetuoso para el señor Maura, confiado en que éste cumplirá en su alto cargo de hoy las promesas que ha hecho de la sinceridad electoral.

Para el señor Llach la entrada del antiguo amigo de los liberales demócratas es nueva savia, oxígeno vivificante que ha de señalar á la política española los derroteros democráticos que el progreso de los tiempos exige.

Hizo protestas de la adhesión de todos al jefe de los liberales españoles señor Sagasta, y terminó pidiendo se enviaran las canastillas de flores que adornaban la mesa á las respetables esposas de los señores Borbolla y García Guerra.

El elocuente y batallador municipio fué muy aplaudido.

EL SR. GARCIA GUERRA

El antiguo demócrata y no menos respetado urisconsulto señor García Guerra comenzó agradeciendo al señor Llach sus frases de elogio.

Consideró el acto que se celebraba como acto de familia cariñosa que se agrupa alfeudor del jefe para perseverar en sus desinteresados ideales.

Y, después de elocuentes consideraciones, exhortó á todos para que cada cual haga lo que de su parte esté por no romper la cohesión que es característica en ellos.

EL SR. HERASO

El exalcalde, señor Heraso, hizo anoche su declaración oficial de amigo del señor Rodríguez de la Borbolla, considerándose honrado con ocupar un lugar al lado de aquel y reconociéndolo como su jefe en la política local.

EL SR. HECTOR.

Al levantarse el Alcalde que fué de Sevilla, la expectación reflejóse en todos los rostros.

El señor Héctor fué acogido con cariñosos aplausos.

Habló con sinceridad y afirmando era de los que lucharon desde el principio por la unión de los liberales sevillanos.

Declaró que sentía grande satisfacción al verse libre del cargo oficial, para decir pública y solemnemente que estaba con los allí reunidos, de corazón.

Afirmó el señor Héctor que los amigos del señor Rodríguez de la Borbolla encarnaban en la política sevillana la verdadera encarnación de las ideas democráticas, de las que es jefe único é indiscutible en España el señor Sagasta.

—La unión se impone por la lógica de los hechos—añadió.—Yo doy esto noche el primer paso, y la declaro hecha abrazando al señor Rodríguez de la Borbolla.

Este y el señor Héctor se abrazaron, aplaudiendo entusiasmado el numeroso concurso.

EL SR. RODRIGUEZ DE LA BORBOLLA.

El discurso del diputado por Sevilla fué habilidoso y de hombre político avezado á la lucha.

La situación del señor Rodríguez de la Borbolla no era anoche envidiable, pues al menor desliz, estando en negociaciones la unión de los liberales, podía fácilmente tropezar con los escollos.

Estos fueron salvados con reconocida habilidad y no menor elocuencia.

Tuvo varios puntos principales, y se vió claramente que el señor Rodríguez de la Borbolla no dijo más que lo demandado por las circunstancias, recordando en muchos pasajes de su discurso lo que dijo en la reunión de la Casa Lonja.

Consideró trascendental el acto que se celebraba por la significación que tenía para la unión de los liberales la presencia de los señores Heraso y Héctor y las declaraciones hechas por éste.

Declaró que los derroteros modernos necesitan elementos compactos dispuestos al sacrificio para que, con honradez de convicciones y libre de pasiones bastardas, lleven á los altos poderes las corrientes de sana democracia impuesta por el avance de las costumbres.

En Sevilla faltaba la unión de cuantos profesan los ideales democráticos—añadió—para que como un solo hombre el partido liberal pueda tener su representación, libre de tutelajes y representaciones.

Y al decir que á la unión iba de buen grado, expresó no lo hacía por egoísmo, ni por satisfacer intereses bastardos.

Nadie ha sanificado más—dijo—que nosotros.

Para evitar suspicacias puso de relieve no era aquella la hora de establecer diferencias, pues estando en negociaciones, faltaría á la debida corrección.

Que la unión está hecha—siguió—pruébalo bien claro el encontrarse entre nosotros el señor Heraso; exalcalde liberal y el señor Héctor, hoy la representación más viril del partido en Sevilla.

La unión se impone por nuestro pasado y por nuestro presente, y ella ha venido y seguirá cada vez más apretada, pese á quien pese.

Recordando lo dicho por el señor Héctor, de que no bastaba hablar, recordó sus afirmaciones del discurso que pronunció en la Lonja, pues él y sus amigos tienen una personalidad política bien determinada y fuerzas propias para